

La superstición de la trama

Por Pablo Ingberg

Lo que en inglés llaman *romances*, los libros de caballería medievales, mayormente en verso, constituyen uno de los varios eslabones de la cadena que desemboca en la novela moderna. Y no uno cualquiera, sino uno privilegiado: el *Quijote*, considerado el gran salto al vacío de la modernidad novelada, sería impensable sin aquellas aventuras caballerescas detrás, objeto de admiración y parodia. Búsquedas míticas, como la del Santo Grial, se transforman en una búsqueda de otro ideal, humanizado por el realismo de un fracaso que se plantea desde el mismísimo punto de partida. Pero permanece la matriz aventurera de la búsqueda, la misma que en la *Odisea* llevaba a Telémaco en busca del padre largamente ausente y a ese padre, protagonista de la gran epopeya viajera, en busca de su Itaca largamente añorada.

Siendo tan humanamente inabarcable su materia, todo historiar literario pecará de simplificaciones. A su modo, es una búsqueda de un Grial o una Dulcinea inalcanzables. Como mis griales y dulcineas están en otra parte, no pretendo hacer historia de la literatura sino reconocer sencillamente que esa matriz de la aventura fue y sigue siendo, sin duda, una marca esencial en las construcciones novelescas posibles.

Se dice que después de *La carta robada* de Edgar Allan Poe la novela incorpora una subvariante de aquella matriz: lo que se busca a partir de allí es el develamiento de un crimen, como ya lo buscaba el mismísimo criminal ignorante de su propia culpa en el *Edipo rey* de Sófocles. El ideal se humaniza tal vez demasiado por esa vía, no en la infinita complejidad interior del infortunado Edipo, trágico protagonista involuntario de la concreción de un sueño que acosa milenariamente el alma de los hombres, sino en la concreción de una fantasía más simple y seguramente más llevadera: la asimilación de la matriz de la búsqueda no con un gran enigma humano como el de la entera vida de Edipo, sino con un enigma como el que la Esfinge le planteó al pobre tebano para que él lo resolviera en lo que a la larga sería su propio perjuicio, y cuya resolución sólo requiere sagacidad e ingenio (cualidades que, de todos modos, tal vez abunden menos que los crímenes literarios).

Toda novela es en cierta manera una búsqueda: de un ideal, de un conocimiento, de una identidad, de un asesino, de un estilo. Algunas grandes novelas policiales reúnen varias de ellas. Pero la matriz en sí misma está casi vacía de sentido: la riqueza o la pobreza en los resultados dependerá de las complejidades y honduras en los sueños de quienes los plasman.

Tengo para mí que la subvariante policial, más allá de las infinitas subversiones posibles (que difícilmente superen a la que tanto antes planteó *Edipo rey*), se presta en su obviedad de trama al facilismo cómodo, un malentendido que produce, según mi humildemente humano y acaso erróneo punto de vista, una confusión bastante generalizada en nuestra época. Así como aquellos caballeros medievales de Chrétien de Troyes y tantos otros creían fervientemente en un Santo Grial o un anillo mágico en cuya búsqueda se lanzaban, buena parte del mundo literario contemporáneo (autores, comentaristas, académicos, periodistas, editores y editadores y sus satélites) cree fervientemente en la trama, y especialmente en la trama legada por el policial, como valor esencial de la novela. El *Ulises* de Joyce o *En busca del tiempo perdido*,

por nombrar dos búsquedas de las mayores en la novela del siglo XX, o, yendo más atrás en la cadena, el eslabón o perla llamado *Tristram Shandy*, resultarían ser pues monumentos esotéricos, ajenos a esa entidad abstracta bautizada como “el lector común”. El aglutinamiento en torno al consenso de la trama, paradigmáticamente policial, ejerce su poder de policía secreta igualando hacia abajo, aquello que la opinión capitalista le achacaba, no sin una buena dosis de razón según se mire, al socialismo real (o irreal, pero llevado a la práctica).

La culpa no es del policial sino del que le da de comer, podría decirse. No se trata de desmerecer en general un género o subgénero o como quiera llamársele, pues cada obra merece ser valorada en particular y todos hemos disfrutado intensamente de algunas adscritas al de marras, sino de señalar lo que yo creo fervientemente (pues también tendré mis creencias) es una superstición demasiado instalada y empobrecedora. La trama, y sobre todo si entendida como el obvio mecanismo del policial, por más ingenio y sagacidad que se pretenda invertir en subvertirlo o retorcerlo, es un elemento más en la construcción de la novela, un atributo más, no esencial. La verdadera búsqueda va mucho más lejos que la policía, cuya misión se acaba cuando el culpable ha sido encerrado en una prisión (mientras el ideal de la novela nunca llega a ser apresado). El propio Edipo, ya perdido pero todavía ignorante de estarlo, se jactaba de haber resuelto el enigma de la Esfinge; y ya sabemos que resolver aquel enigma no resolvió lo más importante en su vida. La posterior resolución de su enigma policial, conocida por todos de antemano, y que agrega a su papel de asesino y detective el de verdugo, no es sin embargo más que un aspecto anecdótico de algo que queda reverberando para siempre, hacia atrás y hacia adelante, en la más profunda y terrible de las libertades; algo que preña de sentidos perennes su vida, las nuestras y la literatura, aunadas en una sola cosa; un enigma que no tiene solución. Así la esencia de la novela.